

Cuerpo regulado, caótico y liberado

La autorreferencia en el uniforme militar y el uniforme escolar

Claudia Fernández Silva

En 1906, Wilhelm Voigt, nada más salir de la cárcel, adquirió un uniforme de capitán en una tienda de empeños y ordenó a diez soldados que lo siguieran para cumplir con "ordenes de la superioridad". Tomó el tranvía que iba al ayuntamiento de Koepenick, encarceló al alcalde por "falsificar libros contables" y vació la caja de caudales. Firmó el recibo con el nombre de su último carcelero. No tenía más autoridad que la de su uniforme. Pero con eso bastó.

Stefan Haas

[...] George Grosz [...] se había alistado voluntario en 1914, pero tuvo que abandonar el ejército por razones de salud. Vuelto del frente, se pasea-

ba por Berlín con el uniforme militar, sin cambiárselo durante seis meses, para recordar a los ciudadanos la imagen miserable del barro y los excrementos en las trincheras, para evocar la guerra y mostrar su horror. Había ido al frente alegre y combativo, azuzado por ese romanticismo difuso de la violencia, muerte y salvación, pero volvió inmunizado de militarismo para toda su vida.

Francisco Javier San Martín

En su texto *El otro antropológico*, Rossana Reguillo (2002) expone como para pensarse a sí mismos las culturas poderosas requieren de la presencia de otro diferente, requieren de la alteridad y la desviación para afirmarse identitariamente. Si el vestido ha sido entendido como una metáfora visual de la identidad, entonces deberá revelar esos mecanismos de afirmación del nosotros mediante una contrastación explícita con respecto a los no incluidos.

Pero más allá de la referencia directa a la pertenencia, las connotaciones de jerarquía, orden y control son frecuentes a la hora de describir la participación del uniforme en la construcción de una idea de cuerpo, el cuerpo normalizado por las instituciones.

Sea el uniforme militar, asociado determinadamente a la violencia física o psíquica o el uniforme escolar como estandarte de adoctrinamiento, los signos de la subordinación y los aparatos de poder dominan la referencia cultural de esta vestimenta. Abordarla como discurso visual supondrá entonces ser capaces de dilucidar si existe más allá de esta referencia un discurso de segundo orden y más aún, si el uniforme militar y escolar como imagen/vestido hace referencia a él mismo y a su vez es capaz de explicar otras imágenes/vestido que actúan como aparato regulador sobre el cuerpo entre su aspecto exterior y el orden social.

Los uniformes como representación

El cuerpo uniformado hace y manda a hacer

El prestigio de la razón y la neutralidad de sus instrumentos reposan en buena medida en los dispositivos de visibilidad en que se han convertido los medios (Reguillo, 2002). El cuerpo uniformado como medio y representación visual de la institucionalidad es legitimado como certeza. Como nos lo enseña la anécdota de Hass acerca del ex convicto ilegalmente vestido de Capitán, y el caso colom-

biano del secuestro de los 11 diputados en el Valle del Cauca,³ el uniforme los invistió de una verdad incuestionable, sus cuerpos se habían convertido en una representación inequívoca de poder.

Los cuerpos vestidos de uniforme representan todo lo que se sabe de las instituciones de las que son referencia. Esta referencia es transparente. La práctica vestimentaria propia del ser humano se une a un imaginario social plagado de asociaciones simbólicas, provocando un reconocimiento inmediato del espectador que entra sin resistencia en el juego de rol, sea del dominante, si porta el uniforme, sea del sometido o dominado si no; nadie resulta indiferente a su poder de representación.

Cuando hablamos de uniformes, sabemos bien, debemos hacerlo a partir de su carácter colectivo, dado que en él se ha anulado la individualidad en pos de una *uni-forma*, una forma única capaz de representar una idea o un propósito común, sin embargo ellos en sí mismos actúan como un emblema de separación, separación entre el mundo de lo nuestro y lo de ellos, el mundo del derecho y del revés, de la identidad y la alteridad (Calefato, 2007) situándose como frontera real o metafórica.

“El sentimiento del nosotros que expresa un deseo de ser similar, es una manera en que los hombres evitan mirarse profundamente unos a otros. Mantener la coherencia de la identidad, implica la represión de los desviados.” (Sennet citado en Reguillo, 2002, pag. 74). Igualarse entre sí implica entonces marginar al otro, hacerle evidente su diferencia.⁴ Sin embargo, en contraste con cualquier otro grupo de afiliación, los uniformes representan, como ya habíamos dicho, ese carácter normativo, por lo tanto la lógica del grupo se hermana con la lógica del control sobre los cuerpos de los propios y los extraños.

3 | La guerrilla de las Farc secuestró a doce diputados del departamento del Valle del Cauca, durante una osada acción en la sede de la Asamblea, en la mañana del 11 abril de 2002. Tras burlar a las autoridades, mediante el uso de uniformes de uso privativo de las Fuerzas Armadas con los que presentó falsos militares y policías, los guerrilleros engañaron a sus víctimas con un aviso de alarma, por una supuesta bomba en el recinto. Los diputados, convencidos de que se trataba de una operación oficial, acataron las “instrucciones” de los guerrilleros, quienes los sacaron de la sede de la Asamblea por una puerta posterior de poco uso y los subieron a una buseta en la que los llevaron hacia el largo cautiverio.

4 | Aunque también existen formas de automarginación que persiguen el mismo fin: la emancipación, la creación de otro grupo de iguales o la subversión.

El uniforme militar: El poder de las representaciones y las representaciones de poder

Como ya hemos analizado, los uniformes institucionalizan los cuerpos y los ponen en la lógica de la identidad y la alteridad y están relacionados con las representaciones de poder. Poder sobre los cuerpos de los portadores y de los no portadores, sea desde la inclusión o la marginalidad. De la misma manera hacen referencia a las instituciones de las que son partícipes, una referencia política e ideológica, como cuerpos/imagen visualizan esa referencia y su sola presencia basta para saber con quién se trata y de qué se trata.

El uniforme militar de manera particular actúa como referencia, ya no solo a una institucionalidad que se expresa en representaciones de poder, sino que actúa como referencia de una institución coercitiva regida por principios jerárquicos y emparentada históricamente con la violencia. Esta referencia de la que el cuerpo-vestido-imagen es su representación, tiene como función garantizar el orden social y establecer el límite entre el orden y el desorden dentro de nuestras sociedades politizadas.

Pero, ¿cómo podrían los uniformes referirse a sí mismos, si siempre se refieren a la institución de la que son objeto (o representación)?

Si la referencia es la institución coercitiva, el cuerpo uniformado como autorreferencia explicaría cómo la imagen institucional infunde temor y condiciona, como efecto provocado por esta misma imagen, ya que las imágenes autorreferenciales son autoanalíticas, porque se refieren a la manera en que se dirigen a sus espectadores. Su sola presencia es suficiente para atemorizar sin el uso de la persuasión, la coacción o la represión, como dice Calefato la sola presencia del uniforme del policía es suficiente para hacer huir al ladrón (Calefato, 2007); de la misma manera el uniforme militar, sea cual sea su institución o rango jerárquico, para el ciudadano común será leído como instrumento de guerra o de manera más simple de orden y control, así no exista una intencionalidad dirigida a esto desde el cuerpo del portador. De este modo el cuerpo uniformado enfrentará los dos tipos de autorreferencialidad de los que hablara Anscombe (citado en Mitchell, 1994), en los cuales la referencia expone la exposición o expone al que expone.

Al exponer la exposición el uniforme dice: soy un cuerpo dominado; al exponer al que expone, el uniforme nos dice: soy un cuerpo dominante. Mientras que la referencia nos diría: las instituciones dominan. Dicho en otras palabras, habla-

ríamos de un vestido que muestra la autoridad sobre él mismo y que es en sí mismo autorizado para autorizar o no.

Los uniformes como discurso de segundo orden, que nos dice algo sobre el vestir, nos explica como el vestido actúa como aparato regulador, como ningún otro vestido lo puede hacer. El uniforme militar además expone otro discurso, aquel que llama a la regulación de otros cuerpos, a través de la cual el cuerpo queda sujeto a una jerarquía mediante la visualización del estatus y la división entre el orden y el desorden (Calefato, 2007).

Sin embargo, estos dos tipos de autorreferencia no son los únicos ofrecidos por el uniforme militar, existe otra que evoca complementariamente el desorden, el caos y la alteridad, al desplazamiento de la frontera entre el mundo de los imponen el orden y los que desean abolirlo. Más allá todavía, extraído de la referencia inicial, las piezas del uniforme militar, como la bota del punkero o la chaqueta de la protesta hippie de los sesenta, autorreferencian la anarquía y el nihilismo.

Pero tenemos que irnos más adentro, hacia el análisis mismo de ese cuerpo-vestido-imagen, para encontrar cómo el uniforme militar opera como autorreferencia. Para hacer esto debemos analizarlo compositivamente, como conjunto de prendas que explican cómo operan los distintos mecanismos (técnicos/simbólicos) en el control y normalización del cuerpo, de la misma manera en que analizaríamos una imagen pictórica por las líneas, los objetos y situaciones allí representadas. En el uniforme militar, el uso de los textiles pesados que mantengan las superficies lisas en las estructuradas chaquetas, cuellos de camisa y pantalones garantiza, que las arrugas producidas por la impronta del relieve corporal de la acción del cuerpo no generen rasgos de individualidad sobre las prendas, y se visualice una sólida y masculina homogeneidad sobre los cuerpos.

Por otra parte, la disposición de las prendas bajo una sintaxis normalizada, requiere de una acción sistemática para ser integradas al cuerpo, en una secuencia de capas donde se avisten solo los detalles que deben ser develados: puños, cuellos, segmentos de corbata. Continuando con esos mecanismos compositivos encontramos una disposición simétrica de las insignias, una coherencia formal en la ubicación de los elementos funcionales de las prendas: bolsillos, botones; equilibrio, simetrías axiales, costuras ocultas o invisibles;⁵ patrones rigurosos en la configuración intrínseca de la prenda, sumado todo esto al estilismo del cuerpo, el corte de cabello, el control sobre la barba, el acicalamiento de las uñas.

5 | De las costuras se dice que son como el ADN de una prenda, nunca el patrón de la puntada se repite.

Por su parte, el uniforme camuflado del soldado se vuelve imagen autorreferencial, en el momento en que su cuerpo, diferente de la masa robótica del militar en la ciudad capaz de confundirse con cualquier estructura mecánica, se convierte en masa amorfa en el follaje; de nuevo cuerpo anónimo indiferenciado, cuerpo individuo anulado. De un lado la referencia nos dirá: anulado para ser comandado por otro; mientras que la autorreferencia nos señala: no es a mí a quien pertenece este cuerpo.

El uniforme escolar: La domesticación de los cuerpos

No es posible ponderar cuanto influyen en la educación la elección de los vestidos, y los motivos para escogerlos. No solo prometen madres a sus hijos gala en recompensa; también vemos ayos tan desatinados que amenazan a sus alumnos con ponerles en castigo un vestido más tosco, y más sencillo. Si no estudiáis mejor, si no miráis más por la ropa, os vestirán como aquel chico de lugar; que es lo mismo que si les dijese: sabed que no es más el hombre que lo que le hace su traje, y que todo cuanto valéis en el que lleváis se cifra.

Jean Jacques Rousseau

Una uniformidad externa acaba por producir una uniformidad interna.

Joseph Heath, & Andrew Potter

El uniforme escolar, ¿un mal necesario? Desde su incorporación en la vida ciudadana a principios del siglo XIX, este tipo de vestimenta está en el centro del debate acerca de la libertad de expresión de los cuerpos de sus portadores y más aún tratándose de pequeñas mentes en formación, ya que no solo se le acusa de alimentar la idea de subordinación, sino de uniformar mentalidades en la construcción del ciudadano ejemplar promovido por las instituciones. Sin embargo, también se ha dicho de él, que tiene la capacidad de reducir el vandalismo en las escuelas y las cada vez más crecientes prácticas consumistas de los jóvenes.⁶

La contracultura, como han evidenciado Heath y Potter, ha sido la encargada de profesar con más ahínco este profundo rechazo al uniforme escolar a través de videos musicales, películas y canciones, donde discursos plagados de metáforas

6 | En 1996 el presidente Clinton defendió públicamente los uniformes escolares en un discurso sobre el estado de la Unión. A raíz de este, el departamento de educación de los Estados Unidos elaboró un manual llamado uniformes escolares: dónde están y por qué funcionan.

disciplinarias, intentan demostrar el adoctrinamiento integral al que son sometidos estos cuerpos con el fin de convertirlos en esclavos de los aparatos de poder.

Alienados e incapacitados para dar respuestas individuales, sólo estandarizadas, se ha suprimido la expresión de estos cuerpos a través del vestuario, ya que si controlar lo que una persona dice o escucha puede considerarse una manera de controlar lo que piensa, hacer lo mismo con la vestimenta sería poner cortapisas a su identidad (Heath y Potter, 2004).

Ahora bien, si el cuerpo-imagen-vestido uniformado de escolar actúa como representación de adoctrinamiento, anti individualismo y control social en referencia directa con las organizaciones a las que representan (iglesia, estado), ¿Cuál sería entonces su autorreferencia? En el caso particular de este tipo de uniforme debemos hacer una consideración acerca del género. La autorreferencia como intentaremos demostrar, no opera de la misma manera en el cuerpo uniformado del escolar masculino como en el del femenino.

Los uniformes de los hombres, la gran mayoría de las veces, toman referencia de los uniformes militares. Dicha metáfora militar exagera en gran medida la idea anteriormente mencionada de la subordinación, revelándolos como niños reclutados para la sociedad. El traje marinero, originalmente empleado por las escuelas de la naval británica o los uniformes japoneses, cuya referencia directa es el uniforme militar prusiano, son un ejemplo de ello y casi de la misma forma las prendas que lo componen están sistemáticamente dispuestas, su sintaxis controlada, su superficie planchada y la limpieza explícita por el uso mayoritario del blanco en las camisas.

Su autorreferencia como cuerpo controlado es inequívoca. El discurso sobre la identidad cae pesadamente sobre él aplanando, no la identidad de grupo pues esta hace parte de la referencia, sino la identidad que como individuo único forja y manifiesta exteriormente; este aplanamiento recae también sobre los índices de edad, los cuerpos revelan sus años por sus tamaños, no por el tipo de prendas usadas a consecuencia de una anulación de los códigos de edad. Similar anulación se evidenció en el pasado con el traje igualitario para niños y adultos antes de las ideas educativas de Rousseau.⁷ De igual manera el estilismo de los cuerpos autorreferencia orden y control especialmente en los cortes de cabello, los cuales en rangos de estilo son más variados que el militar, pero proclaman que en ese cuerpo se ha contenido cualquier tendencia al desorden o cruce de géneros.

7 | Rousseau aconsejaba cómo debía ser un vestuario apropiado para un niño "[...]Darles vestidos muy anchos y no empeñarse en que lleven el talle ajustado, lo cual solo para desfigurárseles sirve. Sus defectos de cuerpo y alma viene todos de una misma causa, de querer que sean hombre antes de tiempo". Rousseau, Jean Jacques. Emilio, ó, de la educación. Madrid, 1821

En el uniforme de las chicas, además de la referencia a la institucionalidad educativa y del Estado, encontramos la institución religiosa como punto central de las ideas sobre el control corporal y la regulación de la apariencia, adicionando referencias a la castidad. Pero cuando esos cuerpos alcanzan la pubertad, a diferencia de lo que puede pasar con el cuerpo de los niños, los cuerpos de las colegialas desbordan sus exuberancias más allá de las líneas ortográficas del vestido. El uniforme que una colegiala común usa a través de los diferentes grados escolares, ensanchando cada tanto sus costuras o alargando el ruedo de la falda, de repente se vuelve pequeño, se acorta y ciñe los senos y las caderas.

El cuerpo-imagen-vestido traslada en este punto su referencia unívoca hacia la pertenencia, el orden, el control y la castidad hacia el erótico imaginario de la colegiala ávida de educación; no en las letras, las ciencias o el temor de Dios, sino ávida de educación en la praxis sexual. ¿Qué explicaría entonces esa imagen-cuerpo-vestido de sí misma, de su construcción? Explicaría como lo natural, animal y salvaje batalla contra la regulación y la domesticación, el cuerpo contra la norma. La regulación sobre el cuerpo femenino autorreferencia la vigilancia y se deleita con el juego del límite.

El largo de la falda impuesto a las colegialas por la institución que referencian, se autorreferencia sobre sus cuerpos como ocultamiento, un secreto vedado a los ojos mas no guardado bajo llave, la falda como prenda no se sella sobre las piernas, las cubre mas no las encierra. El intersticio entre el largo de la falda (de configuración geométrica dada por el plisado) y el límite superior de la media (gruesa, a través de ella no se vislumbra la piel), es por sí mismo autorreferencia de deseo, a través de la figura retórica de la suspensión. Un silencio momentáneo que nos incita a querer saber cómo continúa un relato, qué hay detrás de una puerta entreabierta de la cual emana una luz, qué guarda el cajón sin llave a medio cerrar, el deseo como invitación a mirar y a saber qué hay más allá.

El cuerpo uniformado como imagen dialéctica

Simultáneamente a su referencia disciplinaria y controladora, el cuerpo uniformado revela su lectura contraria, aquella que lo sitúa como cuerpo emancipado de las fauces satánicas de la moda y su lógica frenética de cambio, que lo lanza hacia el consumo constante de bienes con los cuales reafirmar su identidad. En este sentido el uniforme enseña sus virtudes liberadoras alejando a los individuos de la promesa de "tú eres algo especial y mereces lo mejor" brindada por los medios, la cual requiere

grandes esfuerzos psicológicos y económicos para ser alcanzada. Liberación de la discriminación, de la distinción de clases, de la falta de gusto, de tener que decidir cada mañana como presentarse al mundo, de la tensión entre lo individual y lo social.

El uniforme como imagen-cuerpo-vestido está situado en la frontera entre lo individual y lo colectivo, nos la revela como campo de batalla donde la propia identidad es cuestionada como uno de los valores fundamentales del hombre contemporáneo. Es así como su referencia a una sociedad industrial coercitiva y normalizada, coincide con la autorreferencia que lo sitúa como emblema del vestido como aparato regulador, ciñendo al cuerpo no solo estrechas costuras sociales, sino exponiendo su control mediante decisiones sintagmáticas precisas, para conseguir la disminución de sus rasgos físicos identitarios y conseguir la homogenización. Al mismo tiempo, sus prendas llevadas fuera del sistema militar o escolar, como referencia metonímica del uniforme completo, se autorreferencian como consigna contestataria frente a las instituciones opresoras y estandarizantes, cuando son usadas en las calles por la cultura juvenil. Pero cuando analizamos el estatus del vestido en el momento contemporáneo, regido por el fenómeno moda y su sed novedad y cambio, el uniforme, como a imagen-cuerpo-vestido tiene la capacidad de exhibir una contradicción que lo determina como representación paradigmática de dominación pero también de liberación.



▲ Harold Smith Henao. Protestas en el centro de Medellín.

El arte contemporáneo en Colombia

El arte contemporáneo en Colombia es un fenómeno complejo y diverso que refleja la realidad social y política del país. Desde la década de los sesenta, los artistas han buscado nuevas formas de expresión que dialoguen con el contexto de violencia y desplazamiento. Este trabajo de Harold Smith Henao es un ejemplo de cómo el arte puede ser un espacio de reflexión y denuncia.



▲ Harold Smith Henao. Caminos y memorias, homenaje a la comuna 13. Medellín

Existe una autorreferencia en el uniforme militar que evoca complementariamente el desorden, el caos y la alteridad, al desplazamiento de la frontera entre el mundo de que los imponen el orden y los que desean abolirlo.

El arte contemporáneo en Colombia es un fenómeno complejo y diverso que refleja la realidad social y política del país. Desde la década de los sesenta, los artistas han buscado nuevas formas de expresión que dialoguen con el contexto de violencia y desplazamiento. Este trabajo de Harold Smith Henao es un ejemplo de cómo el arte puede ser un espacio de reflexión y denuncia.



▲ Harold Smith Henao. Caminos y memorias, homenaje a la comuna 13. Medellín.

Bibliografía

- Calefato, P. (2007) Semiótica del uniforme. *Revista Exit imagen y cultura*, 27, 22-29.
- Heath, J. & Potter, A. (2004). *Rebelarse vende, el negocio de la contracultura*. Bogotá: Taurus.
- Haas, S. (2007) De funcionarios a profesionales. *Revista Exit imagen y cultura*, 27, 118-121.
- Reguillo, R. (2002). El otro antropológico, poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada. *Analisi, Quaderns de comunicació i cultura*, 29, 63-69.
- Rousseau, J. J. (1821). *Emilio, ó, de la educación*. Madrid: imprenta de Alban & compañía.
- San Martín, F. J. (2007). Uniformes y libreas. *Revista Exit imagen y cultura*, 27, 154-156.
- Steele, V. (2005) *Encyclopedia of clothing and fashion*. Farmington Hills: Ed. Thomson Gale.